



HISTORIOGRAFÍA MODERNA Y MUNDO ANTIGUO (1850-1970)

ÁLVARO M.
MORENO LEONI

AGUSTÍN MORENO
(Editores)

Autores: Álvaro Matías Moreno Leoni y Agustín Moreno
Producción Editorial: Tinta Libre Ediciones
Córdoba, Argentina
Coordinación Editorial: Gastón Barrionuevo
Diseño de tapa: Victoria Moreno
Diseño de Interior: Departamento de Arte Tinta Libre Ediciones. Celina González Beltramone

Moreno Leoni, Álvaro Matías
Historiografía moderna y mundo antiguo / Álvaro Matías Mo-
reno Leoni ; Agustín Moreno. - 1a ed. - Córdoba: Tinta Libre,
2018.
194 p. ; 21 x 15 cm.

ISBN 978-987-708-295-1

1. Análisis Histórico. I. Moreno, Agustín II. Título
CDD 907.2

Prohibida su reproducción, almacenamiento, y distribución por cualquier medio, total o parcial sin el permiso previo y por escrito de los autores y/o editor. Está también totalmente prohibido su tratamiento informático y distribución por internet o por cualquier otra red.

La recopilación de fotografías y los contenidos son de absoluta responsabilidad de/l autor/es. La Editorial no se responsabiliza por la información de este libro.

Hecho el depósito que marca la Ley 11.723
Impreso en Argentina — Printed in Argentina

© 2018. Moreno Leoni, Álvaro Matías
© 2018. Tinta Libre Ediciones


(tinta libre)
ediciones

Historiografía moderna y mundo antiguo clásico, siglos XIX-XX: a modo de introducción

Álvaro M. Moreno Leoni
Universidad Nacional de Río Cuarto/
Universidad Nacional de Córdoba/CONICET

Agustín Moreno
Universidad Nacional de Córdoba/CONICET

Su conocimiento no nos es solamente agradable, útil y necesario; solo allí hallamos el ideal de lo que queríamos ser y producirnos; si toda otra parte de la historia nos enriquece en inteligencia y en experiencia humanas, lo que obtenemos de los griegos es más que terrestre, e incluso casi divino.

Wilhelm von Humboldt, *Historia de la decadencia y de la caída de las repúblicas griegas* (1807).

Se cuenta una anécdota sobre el gran historiador ruso Mikhail Rostovtzeff, y es que, al ser interrogado por alguien sobre la centralidad constante que la Revolución Rusa tenía en

su interpretación del mundo antiguo, habría respondido a su interlocutor directamente con un: “¿Y sobre qué otra cosa podría haber escrito?”.¹ En otra oportunidad, y en otro momento histórico, Theodor Mommsen afirmó que “la historia no se escribe ni se hace sin odio ni amor”.² Ambos eran historiadores políticamente comprometidos, que se acomodaban de mala manera a la típica imagen del intelectual en su torre de marfil. Exiliado de la Unión Soviética, el primero, se había vuelto un entusiasta activista en contra de la misma durante los años posteriores a su salida de dicho país, que lo llevó a recalar primero en Suecia, luego en Inglaterra y finalmente en los Estados Unidos.³ Su crítica contra el Estado soviético, contra el marxismo y la revolución bolchevique permeó su obra, tal como se advierte en la primera edición de su *Historia Social y Económica del Imperio Romano* (*The Social and Economic History of the Roman Empire*, 1926), en la que se deslizan directas alusiones a soviets rojos de campesinos apoyando a los “emperadores soldados”. Podría decirse algo parecido a propósito de Mommsen y de su visión moderna-liberal de la política romana republicana, pensada como una competencia entre partidos análogos al liberal y al de la aristocracia prusiana terrateniente (*Junkers*).⁴

En las páginas de este libro, se recorren varias experiencias personales de historiadores que vivieron momentos históricos centrales, que marcaron sus carreras y también sus aproximaciones al pasado. En ese sentido, las vidas de los historiadores italianos Arnaldo Momigliano y de su maestro, Gaetano De

1 | La anécdota es relatada por Martínez Lacy (2004: 275).

2 | En: Martínez Lacy (2004: 153).

3 | Ver: Wes (1990: 19-53).

4 | Puede consultarse también: Bancalari Molina (2005) y Linderski (1984: 133-9).

Sanctis, abordadas por César Sierra Martín y Breno Battistin Sebastiani, respectivamente, no pueden ser deslindadas de los problemas ocasionados por el ascenso del fascismo.⁵ La negativa del segundo a realizar el juramento de fidelidad al régimen, que lo excluyó de su cátedra en la Universidad de Roma (1931), y la puesta en vigor de las leyes raciales, en el caso del primero (1938), impactaron en sus carreras y generaron nuevas posiciones. Sierra Martín muestra, en ese sentido, la estrategia desplegada por Momigliano, una vez instalado en Inglaterra, primero en Oxford y luego en Londres, que consistió en escribir recensiones que permitieran visibilizar su propia producción ante el público local. En el caso De Sanctis, la expulsión de su cátedra lo puso de frente ante la reflexión ética en la historia, lo que lo llevó a leer críticamente a Polibio en su actitud hacia Roma. De forma más indirecta, pero no menos decisiva, el contexto histórico del derrumbe del imperio británico y el proceso de descolonización en Asia y África influyeron en la obra de John Balsdon sobre el imperio romano, tal como es demostrado por Juan P. Alfaro.

Las investigaciones sobre el surgimiento y consolidación del campo de los estudios sobre el mundo antiguo clásico subrayan, en efecto, el paradójico vínculo que existe en este proceso entre los problemas del presente y el interés por el lejano pasado clásico. La historia es conocida, por lo que nos limitaremos aquí a mencionar solo sus líneas generales. A partir de la creación de la Universidad de Berlín en 1810, se puso en marcha un programa estatal de formación de ciudadanos con el fin de que los prusianos pudieran superar la humillación sufrida un

5 | Además de la numerosa bibliografía discutida por Sierra Martín en su estudio, puede leerse con provecho: Biazotto y Funari (2015).

par de años antes a manos de Napoleón en Jena, mediante la inculcación de actitudes vinculadas con el paradigma de los antiguos griegos.

Pero, para entender este proyecto, debemos retrotraernos a la segunda mitad del siglo XVIII, momento en el que comenzó a producirse un renovado interés en Alemania por el mundo griego, en el marco de lo que algunos denominan como el segundo humanismo o humanismo de Weimar. Una figura clave de esta época fue Johann J. Winckelmann, arqueólogo e historiador amateur del arte, que, con su obra maestra *Historia del Arte de la Antigüedad* (*Geschichte der Kunst des Altertums*, 1764), dio impulso a una nueva actitud moderna hacia el pasado griego. Generaciones posteriores de filólogos alemanes reconocieron en este autor al iniciador de un “modelo” de sensibilidad y de apertura hacia el mundo antiguo, que se pretendía que caracterizara colectivamente a los especialistas alemanes de la “Ciencia de la Antigüedad” en el siglo XIX (*Altertumswissenschaft*). Winckelmann fue considerado, incluso, un autor identitario, un “monumento”, por la comunidad de especialistas, un verdadero “héroe fundador”, cuyo nacimiento se celebraba anualmente con un discurso y una ceremonia en el marco de las *Winckelmannfeste* (Harloe, 2013: 1-25).

Ahora bien, es necesario explicar el porqué de esta denominación del campo de estudios como “Ciencia de la Antigüedad”. Nos parece que el gran filólogo alemán Ulrich von Wilamowitz-Moellendorff lo expuso de forma clara cuando aludió en su *Historia de la Filología* (*Geschichte der Philologie*) de 1921 a la filología como saber integral del mundo antiguo clásico:

Debido a que la vida que nos esforzamos por comprender es un todo único, nuestra ciencia también es un todo único. Su división en disciplinas separadas del lenguaje y la literatura, la arqueología, la historia antigua, la epigrafía, la numismática y, de forma más tardía, la papirología puede justificarse solo como una concesión a las limitaciones de la capacidad humana y no debe permitirse suprimir la conciencia del todo, incluso por parte del especialista. (von Wilamowitz-Moellendorf, 1982: 1).

La “Ciencia de la Antigüedad”, que el autor delimitaba como filología clásica, había surgido de la pretensión de estudiar la sociedad clásica en general y la griega en particular como un todo singular. En ese sentido, si bien Winckelmann era reconocido como el fundador espiritual de la nueva actitud hacia el mundo clásico, la paternidad académica de este enfoque holístico era disputada entre Christian Gottlob Heyne y Friedrich A. Wolf, sobre quien Conrad Bursian escribió lo siguiente:

Wolf es el primero en haber planteado como finalidad última y suprema de los estudios de la Antigüedad el conocimiento tan completo como fuera posible del conjunto de la vida de los pueblos clásicos (1883: 548).

Y, en efecto, el trabajo de Wolf en su seminario de la Universidad de Halle junto con su obra de 1807,

titulada *Exposición de la Ciencia de la Antigüedad de acuerdo con sus criterios, alcance, propósito y valor* (*Darstellung der Altertumswissenschaft nach Begriff, Umfang, Zweck und Wert*), proveyó un conjunto de declaraciones programáticas centrales para la conformación de una disciplina en desarrollo.⁶ Ya con la publicación de su famoso *Prolegómenos a Homero* (*Prolegomena ad Homerum*) de 1795, Wolf había negado la existencia de un proyecto poético individual en Homero y, en cambio, había hecho del poeta de Quíos “la expresión colectiva y el cimientito de un pueblo, al elevar implícitamente la filología al rango de una propedéutica para la identidad colectiva” (Espagne, 2016: 98). Con esto, se sentaban las bases para definir a la disciplina como el estudio de los hombres y de la humanidad en la Antigüedad. Esta humanidad en la Grecia arcaica y clásica, preferentemente, y ateniense, en particular, era una Antigüedad fuertemente idealizada, original y etérea o, como von Humboldt sostenía en el epígrafe de esta introducción, la expresión de un mundo “casi divino”.

Los estudios se institucionalizaron y profesionalizaron en el ámbito académico alemán durante el siglo XIX, de tal forma que, para mediados de dicho siglo, se contaba ya con rasgos centrales como el departamento de la universidad o el instituto académico, el seminario de investigación, el grado doctoral, la revista especializada y la cátedra de profesor (Clark, 2006). En ese ámbito cobró importancia la figura de Wilhelm von

6 | Aunque, cabe señalar, este texto de Wolf debe mucho a la lectura que este había hecho del *Sobre el Estudio de la Antigüedad* (*Über das Studium des Alterthums*) de von Humboldt, quien lo escribió en 1793, pero que fue publicado recién en 1896 (Trabant, 2016: 39-40). De todos modos, aclara Giorgio Pasquali: “ninguno antes de Wolf había intentado reconstruir la vida de los antiguos en su carácter completo como una unidad, nadie había buscado conscientemente acercarse a la humanidad antigua en tanto humanidad” (1971: 72).

Humboldt, quien puede ser considerado con justicia como el constructor de una Grecia antigua a la medida de la Alemania del siglo XIX; en otras palabras, el fundador del “mito griego de los alemanes” (Andurand, 2013). Este fue elegido como Responsable de Educación, con grado de Jefe de Sección subordinado al ministro del interior del reino de Prusia (1808), y se hará célebre por la fundación de la Universidad de Berlín y por reformar profundamente el régimen educativo prusiano.

En Berlín, von Humboldt propondrá la creación de la cátedra de Ciencias de la Antigüedad, para la que convocará a Wolf con el objetivo de que forme allí su seminario de estudios.⁷ La reforma se planteaba, sin embargo, sobre la existencia de algunos antecedentes importantes. En particular, sobre el ejemplo del magisterio desempeñado a fines del siglo XVIII por el gran helenista de la Universidad de Gotinga Christian Gottlob Heyne, de quien el propio von Humboldt fue alumno. Sin embargo, su campo de acción no tenía el grado de institucionalización que adquirirá el desempeño de los profesores en Berlín, puesto que Heyne era solamente maestro de retórica (*professor eloquentiae*), disciplina de estudio equivalente a las *humanae litterae*, aunque pronto también quedó a cargo de la biblioteca. Tenía un interés especial en la *Bildung*, en la “formación” humana de las élites para la vida cívica a través del conocimiento de los antiguos y, en efecto, ya propugnaba para ello un estudio (*Studium*) global de la Antigüedad, recurriendo a todas las fuentes materiales y escritas para producir una visión total que permitiera conocer qué tipo de hombres habían sido los griegos en distintas épocas (Fornaro, 2016: 17).

7 | Sobre el seminario como práctica pedagógica en Wolf: Dehrmann y Spoerhase (2011).

Su perspectiva era, entonces, historicista, en la medida en que partía del precepto de que había que conocer las circunstancias históricas de producción de los textos, pero también paradigmática, pues, pensaba que este conocimiento podía servir de modelo, y formar mediante el proceso activo de conocimiento a las élites.

Así, el valor educativo del estudio integral de la Antigüedad clásica para el individuo, como precondition para la vida cívica, era ya muy importante para Heyne. A sus cursos en Gotinga asistía un buen número de jóvenes aristócratas alemanes que querían prepararse culturalmente para realizar su *Grand Tour* por Italia, que les permitiera entrar en contacto con la cultura material clásica (escultura, arquitectura y monedas). El propio von Humboldt siguió los cursos del primero durante un buen tiempo, reconociendo la impronta de Heyne en sus perspectivas sobre el mundo clásico y su valor inspirador.⁸ Sin embargo, es recién con la cátedra de August Boeckh en Berlín (1811) con la que se implantan definitivamente los estudios clásicos en Alemania, con un filólogo de visión y formación histórica, que sostenía la necesidad de reconstruir “un cuadro de conjunto de la cultura griega que debía tratar todas las formas de vida griega y los principios de su arte y ciencia” (Trautmann-Waller, 2016: 55). Hubo así un largo proceso de profesionalización, que, sin embargo, para mediados del siglo XIX ya estaba consolidado y abierto a críticas desde otros paradigmas emergentes, que cuestionaban la utilidad de este humanismo de los clásicos.⁹

8 | La relativa tranquilidad que había reinado en Europa tras la Paz de Utrecht había impulsado a muchísimos jóvenes aristócratas a aventurarse hasta Roma, en el caso de los más osados, más al sur, hasta Paestum y Nápoles para completar su formación clásica. Se puede ver una ajustada síntesis en: Dyson (2008: 20-8).

9 | Para el proceso de profesionalización de la Ciencia de la Antigüedad, ver: Grafton (2000); Most (2002).

Como sugiere la cita de von Wilamowitz-Moellendorf al comienzo de esta introducción, el ideal de un saber total sobre el mundo antiguo comenzó a fragmentarse como resultado de la especialización creciente en la práctica de la investigación. Desde el punto de vista de la historia antigua clásica y de la arqueología, fue muy importante la figura de Karl O. Müller, quien, formado en Berlín con Boeckh, centró su trabajo en la arqueología y la historia del arte en la Universidad de Gotinga. Se trata de un académico cuyos trabajos se enfocaron en los orígenes de la cultura griega desde la “invasión doria” y que, desde una perspectiva fuertemente eurocéntrica, defendió una génesis de la cultura griega independiente de los contactos con Oriente a través del Egeo. En su perspectiva, el origen de los griegos estaba relacionado con un momento de “llegada” de un pueblo nórdico de conquistadores; una idea que permitía no solo vincular a los alemanes de forma especial con los griegos, sino proponer un origen de la cultura occidental separado de Oriente.¹⁰

Desde las primeras décadas del siglo XIX, el problema del origen de la cultura griega había preocupado a una serie de estudiosos alemanes y franceses, entre ellos, a los arqueólogos Ludwig Ross y a Désiré Raoul-Rochette. El primero había defendido en 1846 la tesis de las islas Cícladas como puente para los contactos entre Grecia y el Próximo Oriente

10 | La obra principal de Müller, *Historia de las tribus y ciudades helénicas (Geschichte hellenischer Stämme und Städte*, v. 1-3, 1820-1824), que fue reeditada tras la muerte del autor en 1844, fue rápidamente traducida al inglés en 1830. Sobre el tema, ver: Blok (1994); Calder y Schlesier (1998) y, en especial, Bernal (1993: 286-93), para quien Müller es el destructor del “modelo antiguo” e “impulsor del “modelo ario”, que propugna una mirada eurocéntrica de los orígenes de la civilización griega. Müller no utiliza todavía el concepto de “raza”, sino otros menos fuertes como “pueblo” (*Volk*), “nación” (*Nation*) y “tribu” (*Stamm*): Blok (1996).

(Gran-Aymerich, 2016: 166-8). En buena medida, los argumentos contrarios de Müller, que aunque no provenían de la estricta lectura de las fuentes, sino, por el contrario, de las discusiones teóricas y de los conceptos en boga en la época, se impusieron dado el mayor prestigio y aceptación de sus ideas en la Europa del momento. En ese período, las nociones de imperio, civilización y libertad, en particular, eran ideas articuladoras, que permitían asir intelectualmente a los historiadores occidentales la experiencia antigua clásica desde una perspectiva moderna, que resultaba significativa y valiosa para sus respectivos presentes.¹¹ Al mismo tiempo, permitían atribuir a la cultura “occidental” valores inmanentes relacionados con estos conceptos, que, transmitidos desde Grecia hasta el presente, habrían posibilitado trazar una artificial frontera entre Oriente y los herederos de la cultura clásica, los europeos occidentales.¹²

En el caso de Müller, la idea de civilización, que si bien no se vinculaba aún con el concepto de raza, se asociaba al espíritu de un pueblo, que se pensaba en buena medida como una realidad inmanente.¹³ Las discusiones en Alemania sobre la identidad nacional, fundada sobre la idea de una autoctonía

11 | Añadimos el concepto de “civilización” para completar la observación de Oswyn Murray (2016: 385-7), quien sostuvo que la visión histórica de las sociedades occidentales ha tendido a centrarse en las nociones de imperio y libertad.

12 | Muy interesante al respecto resultan las primeras interpretaciones que los arqueólogos europeos hicieron sobre el carácter de las ciudades orientales, que la arqueología comenzaba a sacar a la luz a mediados del siglo XIX. Se las veía como “no ciudades”, como asentamientos carentes de valores éticos y políticos propios de la “ciudad” por antonomasia, la pólis griega, e insertas en un mundo de despotismo, barbarie y autoritarismo: Liverani (2013: 55-61). El saber occidental se las arregló para trazar una verdadera línea de evolución, de historia, asociada a lo que se construyó como la propia experiencia europea desde los griegos en adelante: Goody (2011: 33-76).

13 | La idea de una “llegada” de los griegos como pueblo conformado, asociado específicamente con una cultura material y una lengua, es el paradigma de estos estudios del siglo XIX: Hall (2005). Ver una síntesis y la bibliografía en: Moreno Leoni (2010: 146-50).

germana, irán consolidándose hasta que, en pleno siglo XX, van a conseguir dar forma a la idea de identidad racial nórdica entre alemanes y griegos antiguos, en lo que ha sido caracterizado como una operación cultural de anexión simbólica de la Antigüedad (Chapoutot, 2013: 67-131). Ernst Curtius, arqueólogo e historiador alemán, famoso por liderar la gran excavación arqueológica alemana en Olimpia (1875-1881), cuya fotografía ilustra la portada del presente libro, supo escribir sobre Olimpia: “*Was dort in dunkler Tiefe liegt ist Leben von unserem Leben*”, es decir, que lo que yacía allí abajo en una noche profunda era la sangre de “nuestra sangre”.¹⁴ En otras palabras, no había diferencia racial entre aquellos griegos y los alemanes, quienes, de este modo, no solo eran sus herederos culturales, sino también sus parientes.

Ahora bien, ya a mediados del siglo XIX, el estudio histórico de la Antigüedad clásica se había extendido hacia otros ámbitos europeos, aunque de un modo que no era todavía completamente académico ni institucionalizado. En dichos ámbitos, como Francia, Italia e Inglaterra, la discusión de las nociones de imperio, civilización y libertad se volvió uno de los núcleos centrales de la indagación histórica. Un buen ejemplo al respecto es el de la polémica suscitada a propósito del *Alejandro Magno* (*Geschichte Alexanders des Großen*, 1833) de Johann G. Droysen.

La paternidad de Droysen del concepto de “helenismo” (*Hellenismus*), empleado para dar cuenta del fenómeno cultural de síntesis, de “fusión” (*Verschmelzung*) según el historiador alemán, de las culturas griega y “oriental” tras la conquista de Alejandro Magno del imperio persa aqueménida, está abierta a

14 | Citado por: Chapoutot (2013: 216).

dudas (Bichler, 1983; Martínez Lacy, 2004: 128-52). Sin embargo, aunque es claro ahora que los vínculos entre las ideas de Droysen y el pensamiento ilustrado (Briant, 2012; Moreno Leoni, 2016), que equiparaba comercio y contacto cultural con civilización, son más estrechos de lo que se creía, la noción de helenismo ha quedado asociada específicamente a su labor historiográfica (Sebastiani, 2015). Contra esta noción reaccionaron, por ejemplo, el historiador británico George Grote y el francés Victor Duruy. En particular, Grote, desde una perspectiva liberal radical, va a poner en tela de juicio la posibilidad de que el “helenismo” pudiera prosperar en un ambiente despótico como el proporcionado por el rey macedónico.¹⁵ A mediados del siglo XIX hubo, en efecto, una gran discusión entre los historiadores europeos sobre imperio, conquista militar y las supuestas consecuencias culturales que los mismos tenían para los vencidos (Payen, 2008).

Grote no creía que la expedición de Alejandro hubiera permitido avanzar hacia la uniformidad cultural en el Mediterráneo oriental. Seguía siendo, para él, un imperio “heterogéneo”, sin ventajas concretas para sus súbditos. Su crítica a Droysen es explícita: “Describirlo (a Alejandro) como un hijo de la Hélade, imbuido con las máximas políticas de Aristóteles, e inclinado a la sistemática difusión de la cultura helénica para la mejora de la humanidad, es, a mi juicio, una estimación de su carácter contraria a la evidencia” (Grote, 2009: 12.357). En nota al pie, dirige al lector a las obras de Droysen, a quien señala entre un conjunto de “otros panegiristas de Alejandro”. La relación pensada por Grote entre conquista y consecuencias culturales no

15 | La bibliografía sobre Grote es abundante, pero puede consultarse en español: Sancho Rocher (2015).

es optimista: “el objetivo de la colonización estaba del todo subordinado; y aquel de helenizar Asia, tanto como puede verse, no fue ni siquiera contemplado, mucho menos llevado a cabo” (Grote, 2009: 12.361-2). Desde su perspectiva, el mismo concepto de “helenismo” no podía ser exportado, porque no podía dar frutos en el ambiente de opresión que proporcionaba una monarquía. El “helenismo” era, para él, “el agregado de hábitos, sentimientos, energías e inteligencia, manifestadas por los griegos durante su época de autonomía” (2009: 12.363).

Grote parecía más preocupado por el debate sobre la participación política del *dêmos* y la democracia en Atenas, lo que restaba atractivo para él al mundo helenístico. En ese sentido, su debate histórico era planteado como una crítica a la tradición “historiográfica” conservadora, representada quizá de forma más conspicua por el historiador inglés William Mitford, que sistemáticamente había exaltado en su obra el modelo político espartano por sobre el ateniense (Roberts, 1994). En esta línea, Diego Paiaro, en el trabajo incluido en este libro, indaga sobre las diversas conceptualizaciones formuladas sobre la participación popular entre la Revolución Francesa a fines del siglo XVIII y la Socialista a principios de XX. Allí, explora el sentido y el alcance concretos de algunos conceptos ampliamente utilizados en dicho período, como “gobierno de la muchedumbre” y “dictadura del proletariado”, en tanto nociones que permitieron hacer inteligible y poner en cuestión a Atenas y su democracia clásica en cada uno de los presentes de los autores abordados.¹⁶

16 | La “libertad” sigue siendo un objeto de debate durante todo el siglo XX. En particular, y a propósito del contenido de este libro, recomendamos la lectura de Sierra Martín (2016) sobre este tema en concreto en Momigliano, a la luz de los debates de la Italia de la década del '30 del siglo pasado.

Con respecto a los vínculos entre imperio y civilización, es interesante, con todo, advertir que la discusión no se acabó allí, puesto que, durante la primera mitad del siglo XX, las discusiones sobre imperio en el mundo clásico estuvieron muy asociadas a los conceptos historiográficos específicos de “helenización” y “romanización”, que permitían seguir pensando el imperio y la conquista como motores de la civilización de los pueblos derrotados por griegos y romanos.¹⁷ En ese sentido, ambos paradigmas historiográficos fueron centrales a la hora de legitimar una buena conciencia colonial europea, sobre todo, en el caso de los estudios sobre el mundo helenístico, que en general hasta 1960 van a privilegiar el foco sobre los efectos positivos de la conquista.

Paradigmática es, en ese sentido, la obra del historiador británico William W. Tarn, quien, en su *Alejandro Magno y la Unidad de la Humanidad* (*Alexander the Great and the Unity of Mankind*, 1933), defendió el carácter civilizador de este rey que, olvidando las enseñanzas aristotélicas de dividir a griegos y bárbaros mediante un trato selectivo, había bregado por una plena integración, una “hermandad” entre los pueblos. Ideas similares también expuso en su famosa *Civilización helenística* (*Hellenistic Civilization*), cuya primera edición era de 1927 y la segunda, junto con Guy Griffith, traducida al español, de 1952. Los ideales del “imperialismo ilustrado victoriano” se atribuían a los planes de Alejandro como la principal nota en una interpretación del fenómeno de la “helenización” como acto de aculturación unilateral (Badian, 1971: 45). Como

17 | Sobre “helenización”, pueden leerse ahora con sumo provecho los ensayos compilados en Manning (2015).

alguna vez Ernst Badian irónicamente escribió, a propósito de Tarn y su obra:

Alejandro emerge como un producto de una escuela pública Arnold en su modo de conducta, una mezcla de Cecil Rhodes y el General Gordon en sus acciones e ideales... La asimilación de la corte y el temperamento de la Macedonia del siglo IV al reinado de la Reina Victoria es un *tour de force*, que solo un genio como Tarn pudo alguna vez haber concebido o impuesto sobre el mundo de habla inglesa. (Badian, 1971: 45).

Un enfoque similar podemos observar en el empleo del concepto de “romanización”, que caló hondo también en las interpretaciones británicas sobre el imperio romano.¹⁸ El concepto fue usado por primera vez en la obra de Francis Haverfield *La romanización de la Britania romana (The Romanization of Roman Britain)*,¹⁹ una obra que marcará la agenda de las investigaciones posteriores en el campo durante varias décadas.

Ahora bien, aunque la idea englobada en el concepto de romanización cobra importancia en Inglaterra ya con la célebre obra de Edward Gibbon en el siglo XVIII, tomará impulso, especialmente, con la influencia de Mommsen en la generación

18 | Cf. Hingley (1995: 17-20). La importancia del enfoque también se advierte en los artículos de Freeman (1996; 1997) y Hingley (1996), que continúan denunciando y tratando de deconstruir la influencia de Haverfield aún presente en los marcos teóricos empleados en algunas investigaciones de fines de los '80 y principios de los '90.

19 | El trabajo tuvo una primera versión como conferencia en 1905, una segunda versión ampliada como libro en 1912 y una tercera edición aumentada una vez más en 1915.

de jóvenes catedráticos de Oxford inmediatamente anterior a Haverfield.²⁰ Mommsen mostrará la utilidad de nuevos tipos de fuentes (epigráficas, numismáticas, arqueológicas) para la historia romana, al mismo tiempo que abrirá una nueva vía para su estudio y proporcionará un marco para lo que serán las investigaciones en las provincias occidentales del imperio. Junto con ello, también su idea del imperialismo defensivo, pensada en el marco de su preocupación por la política prusiano-alemana, pasará, sin un tamiz crítico, a formar parte del concepto de romanización, frente a la cual representaría un primer momento del proceso.²¹

La labor de Mommsen tendrá una influencia especial en Haverfield, quien llevará adelante la visión de aquel en su estudio del caso de Britania, con el que cumplirá un rol fundamental en el establecimiento de los estudios de la Britania romana como disciplina académica. Con ese fin, Haverfield promovió la participación de la Universidad en los trabajos arqueológicos –anteriormente, en manos de sociedades arqueológicas– y abogó por la creación de instituciones para el estudio de la historia romana, en el marco de las luchas nacionales por la apropiación de la Antigüedad, como la Escuela Británica de Roma (Freeman, 1997: 44-5). Aunque, cabe aclarar, Haverfield tenía una postura más abierta que varios de sus contemporáneos:

20 | Sobre la influencia de Mommsen en Oxford y en Haverfield en particular, ver: Freeman (1997).

21 | Llama la atención sobre este punto Freeman (1997: 34), quien señala las críticas que se le hicieron en Oxford a Mommsen por algunas de sus intervenciones políticas. Uno de sus introductores en Oxford, William Warde Fowler, menciona, a modo de ejemplo, el revuelo que causó una publicación de Mommsen sobre la Guerra Anglo-Bóer en el *in memoriam* que le dedicó (1920: 264). Sobre la influencia del contexto en la idea de imperialismo defensivo en Mommsen, ver: Linderski (1984), quien también se detiene en los casos de Maurice Holleaux y Tenney Frank.

ponía énfasis en la necesidad de estudiar el caso de Britania en el marco mayor del imperio, lo que se vincularía con su conexión con estudiosos del continente. Asimismo, ese planteo tenía su paralelo en la valoración especial que hacía de la civilización europea occidental, a la que veía como una descendiente directa de la romana, si bien en un escalón superior.

De todos modos, aceptemos o no el interés de Haverfield por trazar paralelos entre Roma e Inglaterra,²² el contexto en el que surgen los estudios encabezados por este resulta propicio. En las primeras décadas del siglo XX, muchos políticos, administradores, profesores y divulgadores del conocimiento histórico trazaron paralelos entre Gran Bretaña y Roma, resaltando determinados aspectos que hacían a la similitud de sus objetivos morales.²³ En palabras de Hingley:

En el mundo del pensamiento político y social... la imagen romana empezó a reafirmarse sobre las de Germania y Grecia durante los primeros quince años de este siglo [s. XX]. El desarrollo del interés político por el paralelo romano sugiere que los estudios romano-británicos se originaron como una disciplina moderna en un momento particularmente apropiado en la historia de la Gran Bretaña moderna. (Hingley, 1996: 38).²⁴

22 | Ver al respecto la discusión entre Freeman (1996), que asevera que no, y Hingley (1996), que afirma que sí. Asimismo, ver en este libro el trabajo de Alfaro.

23 | Con algunas diferencias en torno a la figura de los profesores y divulgadores involucrados, ver: Freeman (1996) y Hingley (1995: 14-5; 1996).

24 | Con Germania se hace referencia al mito que se forjó en el siglo XVI en Inglaterra sobre un origen anglosajón, mediante el cual se pretendía justificar la superioridad política y religiosa vinculada con dicho origen. Este mito comienza a declinar a comienzos del siglo XX con el ascenso de Alemania (Hingley, 1996: 37-8).

En ese marco, la misión civilizadora vinculada a Roma se presentaba imbuida de las ideas de progreso y evolución derivadas de las teorías evolucionista y difusionista del siglo XIX y comienzos del XX en Gran Bretaña (Hingley, 1995: 13-7). De este modo, Roma era vista como un agente benefactor que irradiaba una cultura superior, que los pueblos nativos de las provincias reconocían y tomaban en un proceso positivo de asimilación. En otras palabras,

Tal como la civilización europea era vista en expansión y llevando nuevas ideas y estándares a las culturas ‘primitivas’ fuera de la órbita de las potencias occidentales, de igual modo la romanización llevó cultura material romana a la Europa bárbara. (Hingley, 1995: 16).

Pero no solo la cultura material se vio implicada en estos procesos de contacto cultural, asimismo los propios pueblos se vieron afectados por el encuentro durante la expansión del imperio romano. Esta cuestión también llamó la atención de investigadores del mundo clásico en el período abordado en este libro, quienes vieron reflejados en el caso romano la materialización de las pesadillas o sueños, que las preocupaciones políticas, sociales y culturales de los contextos en que desarrollaban sus estudios les suscitaban. Dos ejemplos paradigmáticos de fuera de Europa, pero con impacto en este ambiente fueron el artículo “Mixtura de raza en el imperio romano” (“Race Mixture in the Roman Empire”, 1916) del profesor

estadounidense Tenney Frank y el libro *El extraño en la puerta. Aspectos de exclusividad y cooperación en antigua Grecia y Roma, con alguna referencia a los tiempos modernos* (*The Stranger at the Gate. Aspects of Exclusiveness and Co-operation in Ancient Greece and Rome, with some Reference to Modern Times*) del sudafricano Theodore Johannes Haarhoff.²⁵

Estos textos nos muestran dos miradas diferentes de la cuestión. El primero concibe la mixtura de razas negativamente: la contaminación de la raza superior, la romana, por la inferior, la asiática, explicaría la caída de Roma. Una visión que refleja la preocupación entre los estadounidenses de origen nórdico—Frank era de ascendencia sueca— por el impacto de la inmigración de origen italiano, polaco y judío en la sociedad de Estados Unidos a principios del siglo XX.²⁶ En palabras del propio Frank:

Uno tras otro los emperadores ganaron popularidad entre la chusma erigiendo un santuario a un Baal foráneo o una estatua a Isis en su capilla, de un modo muy parecido a como nuestras ciudades están revistiendo nuestros *park drives* con tributos a Garibaldi, Pulaski, y quién sabe qué —vitch. (Frank, 1916: 707-8).

25 | Publicado por primera vez en 1938 y por segunda vez en 1948, luego de que el stock de la primera edición fuera víctima del bombardeo alemán en 1940 en Londres. El subtítulo cambia en la tercera edición de 1951: *Aspectos de aislacionismo y cooperación en antigua Grecia y Roma, con referencia a las tensiones modernas entre razas y naciones* (*Aspects of Isolationism and Co-operation in Ancient Greece and Rome, with reference to modern tensions between races and nations*).

26 | Sobre esta cuestión en Frank, ver: Moreno (2016: 7-8), con más bibliografía.

Haarhoff, por su parte, verá en la síntesis cultural grecorromana lograda por los romanos, especialmente en el período de Augusto, el ejemplo que debían seguir los sudafricanos en las primeras décadas del siglo XX, luego de la Guerra Anglo-Bóer, para lograr un espíritu de cooperación racial en el que las culturas de ingleses y afrikáneres (a cuyo grupo pertenecía Haarhoff) se armonizaran y dieran lugar, siguiendo la doctrina del holismo del general Jan Smuts, a un todo que sería más que la suma de las partes. Un sueño en el que solo estaban llamados a participar los ingleses, en el rol de griegos, y los afrikáneres, como nuevos romanos; la población bantú quedaba al margen. Aunque el libro de Haarhoff no fue bien acogido en todas partes, sí recibió dos críticas positivas en Inglaterra en la reseña de J.P.V.D. Balsdon a la primera edición y la de Peter Brunt a la segunda.²⁷ Si bien, en este ámbito, la razón de la buena recepción, afirma Emma Dench, debe buscarse en la reivindicación de los ingleses como raza mixta frente a la propaganda nazi de la pureza racial (Dench, 2005: 229-31).

La figura de Balsdon, el primero de los reseñadores que hemos citado, será objeto de análisis en este volumen por Juan P. Alfaro. Nuestro autor provee algunas líneas interesantes a partir de la obra del profesor inglés, desarrollada en el ambiente académico de Oxford entre fines de la Primera Guerra Mundial y los inicios del proceso de Descolonización, que pusieron en entredicho algunos de los supuestos sobre los que se había construido cierta analogía entre el imperio británico y el romano entre los historiadores de la Antigüedad.

Las mutaciones conceptuales de las últimas cuatro décadas, por otra parte, con el diálogo cada vez más fluido entre la historia antigua clásica y las ciencias sociales hacen entendible que en el ámbito de habla inglesa se desarrollen obras importantes

27 | Sobre este tema en Haarhoff, ver: Moreno (2016: 2-6), con más bibliografía.

para la comprensión del fenómeno imperial antiguo, como las de William Harris, quien se forma en Inglaterra y desarrolla su carrera en el momento post Vietnam en Estados Unidos, con su *Guerra e Imperialismo en la Roma Republicana (War and Imperialism in Republican Rome, 327-70 B. C.)* de 1979 y, fundamentalmente, la labor de Moses Finley en la Universidad de Cambridge.²⁸ El derrotero teórico de esta empresa intelectual, de crear una historia a la vez global y explicativa, es abordado en el presente volumen por Diego A. Olivera, quien desentraña aspectos centrales del concepto de imperio en Finley.

Como puede apreciarse, las lecturas sobre el mundo antiguo clásico han estado profundamente imbricadas con los contextos sociales de producción y con las experiencias de los historiadores que las formularon. El tema es complejo y ha dado lugar a buenas y amplias síntesis al respecto en el pasado.²⁹ Hemos intentado aquí simplemente presentar algunos problemas centrales que permitan al lector captar los cambios operados entre el siglo XIX y el XX en la historiografía europea sobre Grecia y Roma. Esperamos que los artículos que se ofrecen a continuación permitan profundizar en el conocimiento de la práctica historiográfica de este amplio período, rico en producciones y diverso en interpretaciones. Se espera contribuir, por lo tanto, a asir la historicidad de los conceptos que sostienen la comprensión de nuestro objeto de estudio, la historia antigua clásica, revelando nuestras dificultades para mantener una división lábil entre sujeto y objeto de investigación, así como también contribuir a entender por qué pensamos como pensamos nuestro objeto histórico de la Antigüedad clásica en el siglo XX.

28 | Ver: Martínez Lacy (2004: 294-308).

29 | Buenas síntesis introductorias son las de Christ (1989) y Martínez Lacy (2004).

